

VIERNES SANTO

El Reinado de Jesús adquirido por los méritos de la Pasión

«Egredimini et videte filio Sion Regem Salomonem in diademate...»

«La pasión del Redentor Divino le da por mérito lo que de derecho (la corona en el mundo) por su naturaleza le correspondía.»

No puede dudarse que siendo Dios el creador del mundo entero, Dios es el rey del mundo. Si en filosofía decimos que el efecto pertenece a su causa, y es de ella, y si decimos que la causa rige al efecto, es evidente que la creación pertenece al Creador, y por él ha de ser regida. Si el hijo en el orden natural pertenece a sus padres, y por ellos debe ser dirigido y gobernado; si en el orden social el legislador que rige a la sociedad es el que debe dar la ley y hacerla cumplir, y por eso con razón, por ser la primera autoridad se le llama rey. Por serlo se le denomina rey, gobernante supremo en el comercio social y por lo mismo cuando los demás hombres le hablan le dicen Señor, Soberano. Pero a Dios con un motivo inmensamente superior, con mucha más razón. Pues los padres no son causa primera de sus hijos, sino que su causa segunda. El artista no es causa primera de su obra, porque no ha creado la materia, no hace más que transformarla; ni aun el sabio que inventa o descubre es causa primera, sino segunda, porque sus ideas se han despertado como fruto de otras anteriores que no eran suyas. Es, pues, el sabio causa segunda. Sólo Dios es la causa primera de todo cuanto existe y ha existido; por eso con mucha razón dijo Aristóteles: «Causa de las causas, ten piedad de mí. De aquí sólo Dios es el primer rey, es el verdadero rey, es el único rey.»

Lo mismo corresponde esa realeza a toda la Divinidad, porque Dios es uno y único; con todo, la nota del poder es del Padre, la de amor es nota especial del Espíritu Santo; la nota del saber es del Verbo, y aun siendo los tres uno y misma naturaleza, las notas los diferencian y por lo mismo cuanto es fuerza atribuye especialmente a la Primera persona, cuanto es ciencia a la Segunda, lo que es amor a la Tercera. De las tres personas es el reinado, porque los tres son el mismo. Pero hasta cierto punto es más especial del Verbo. Porque la ciencia es la primera causa de todo efecto. El concepto, el plan de una obra parece que es lo primero y superior de la obra. Por eso el Evangelista San Juan empieza diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo». El principio de la creación es el Verbo. No según el orden de naturaleza, ni de dignidad, ni de tiempo, sino de concepto. Por eso mismo el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, estudiando en la cuestión tercera, artículo 11, de la tercera parte de su inmortal suma, dice: «Que convenía más que la Persona que encarnase fuese el Verbo porque el Hijo, es decir la segunda persona, es el ejemplar que ha servido para que se forme la creación y, por tanto, la obra debe ajustarse al ejemplar, y estar con él, y por decirlo así, unirse a su ejemplar y no separarse de él. Otra razón muy congruente pone el dicho Santo, y dice: «Si la creación salía perfecta de las manos de Dios, y luego esas cosas creadas se desquiciaron, y descomponieron, convenía que el ejemplar mismo fuese el molde y medida en la recomposición. Por eso el Verbo es el que debía encarnar.»

Por este razonamiento vemos que la segunda persona de la Santísima Trinidad es creador, como Dios de cuanto existe, y es ejemplar como pensamiento, y es restaurador de su propia obra cuando que fue descompuesta por la culpa del hombre. Luego el Verbo Divino, que es el mismo Cristo, es el rey por naturaleza de cuanto ha sido hecho y formado. El es el que rige. El es el que manda. Como dice el Apóstol San Pablo en su epístola a Timoteo en el capítulo 6, vers. 25: «Que es rey de reyes y Señor de los que dominan. Pero el Divino Verbo no quiso tener una corona propia por derecho de naturaleza o por herencia; quiso la corona suprema en

toda la creación por el derecho de la conquista, por el derecho de trabajo; que es más grande, más hermoso, más noble. Y en verdad, el que hereda una cosa, un título, por ejemplo, unos bienes, dice que es dueño de aquello, lleva razón, pero es más hermoso, es más grande el que lo gana por sí mismo. Alejandro es más grande por sus empresas en Asia que por ser hijo de un rey de Macedonia. Aníbal es más grande por sus talentos militares que por ser hijo del gran Almirante. Rodrigo Díaz de Vivar, no se llama Cid por ser hijo de un conde de Castilla, sino por su bravura y por sus conquistas. Lo que se hereda vale poco o casi nada. La nobleza de abolengo es pequeña y no significa importancia personal. Lo que vale es aquello que se adquiere por esfuerzo propio. Por eso la ciencia no se hereda, se adquiere estudiando. La virtud no se hereda, se obtiene trabajando. El Divino Redentor era rey por derecho propio; grande, inmenso por naturaleza; mas parece que se olvidó de su origen y dice de sí mismo: «Y si yo fuere exaltado, todo lo traeré a mí mismo.» San Juan cap. 12, vers. 32. Y el Apóstol San Pablo en su epístola a los Filipenses, cap. 2, vers. 8, y 9, dice: «Que porque Jesús se humilló y obedeció hasta tomar la muerte de Cruz, es por lo que Dios lo ensalzó, y le dió un nombre que está sobre todo nombre, porque ante el nombre de Jesús se humillan los cielos, la tierra y los abismos». Es decir Cristo-Jesús no quiere ser rey por derecho propio, cual y cómo lo es, sino quiere serlo por derecho de conquista, cueste lo que cueste, paise lo que paise.

El ínclito fundador de la Compañía de Jesús en su célebre meditación de las dos banderas, representa a Jesús como un general que sale para la lucha; convoca a huestes y las llama a la pelea. Llama a los apóstoles, a los mártires, a los confesores; llama a los anacoretas, a los fundadores, a las vírgenes, llama a los santos, llama a los hombres todos. Pero él es el primero, va delante. Los que le siguen, claro, van en pos de él, y podemos decir que no obran por virtud propia sino por virtud del mismo Cristo. Ya dice Jesús cuando se dirige a los mártires: «No pensad lo que habéis de decir a los tiranos, porque en aquella hora suprema se os dará una ciencia, una palabra, una virtud, que no podrán contrarrestar vuestros enemigos.» Y como dice un Santo Padre: «No sois vosotros, sino que es Cristo el que habla y obra con vosotros. Él es el primero.» Por eso dice en los evangelios de San Mateo y San Lucas: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz, y que me siga.» Cristo llama a los hombres a conquistar su reino y dice: «Seguidme.»

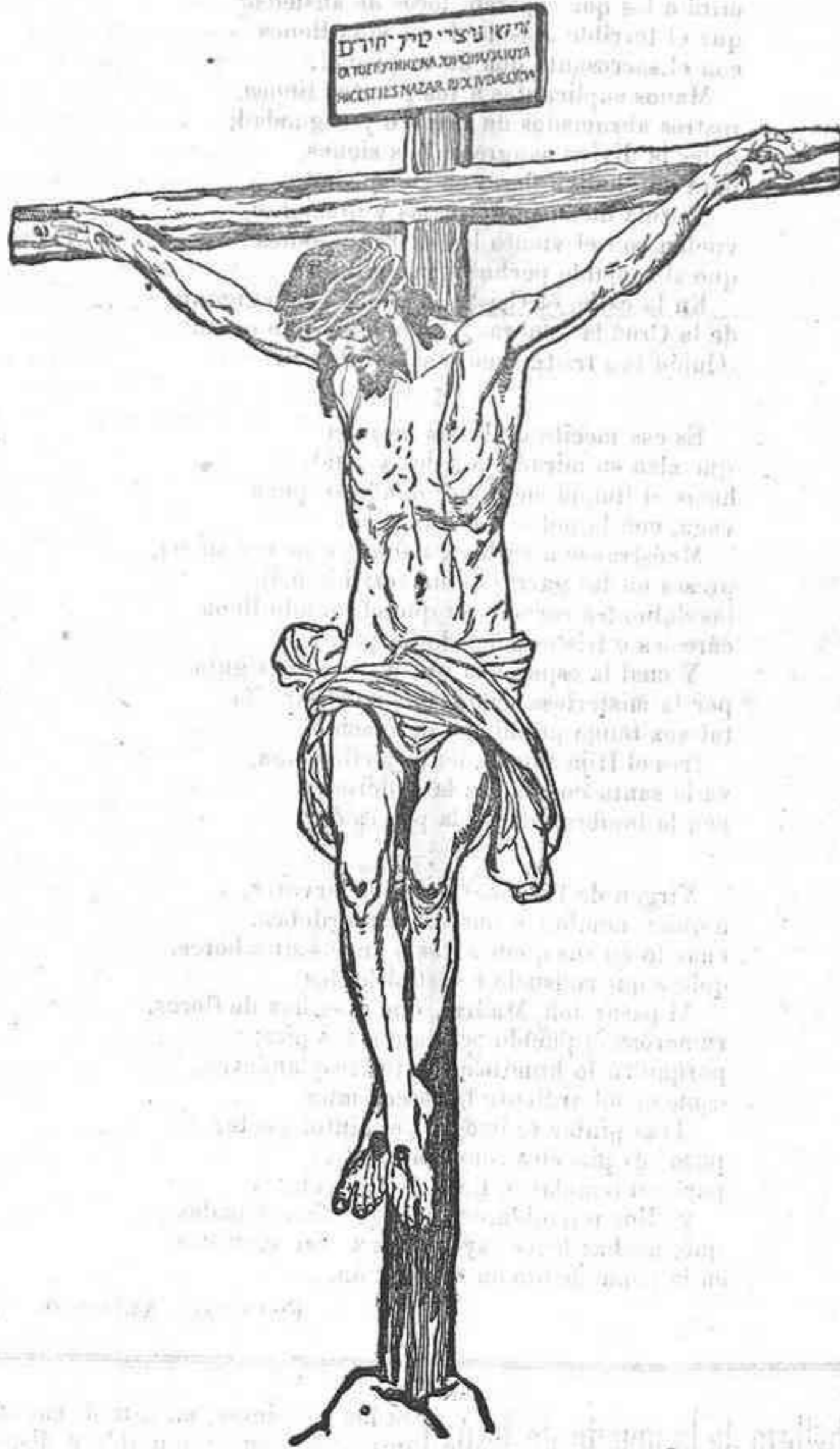
Seguir a Jesús: ¡qué difícil parece tomar la Cruz y seguir el tortuoso y empinado camino por la calle de la amargura, y, sin embargo, cuán fácil y hacedero es seguir los pasos que Cristo va trazando e indicando! El Padre Raulica en la hermosa conferencia número 26 que tiene acerca de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, examina atinadamente, estudia cómo hay que seguir al Divino Redentor y observa las dificultades y las dulzuras que da el seguir a Jesús. El primero que fué en pos del Maestro fué Simón de Cirine. Simón que significa obediencia. Cirine, es decir la segunda persona, es el ejemplar que ha servido para que se forme la creación y, por tanto, la obra debe ajustarse al ejemplar, y estar con él, y por decirlo así, unirse a su ejemplar y no separarse de él. Otra razón muy congruente pone el dicho Santo, y dice: «Si la creación salía perfecta de las manos de Dios, y luego esas cosas creadas se desquiciaron, y descomponieron, convenía que el ejemplar mismo fuese el molde y medida en la recomposición. Por eso el Verbo es el que debía encarnar.»

de alegría con el estado de furor, rabia y encono que experimentaban los verdugos del Señor. Debemos observar que la doctrina de Jesús siempre ha sido la misma, siempre consecuente, siempre idéntica. A la manera como a Simón Cirineo le era repugnante tomar en un principio la Cruz del Salvador y luego se le hizo grata y fácil, así ha sido a todos los Santos, o a la mayor parte de ellos. En la vida de San Ignacio de Loyola se cuenta que, cuando se hallaba en el lecho curando de las heridas que recibió en el sitio de Pamplona, pidió un libro de caballería por pasar el tiempo y, cuando el asistente le llevó por equivocación el libro de la vida de los Santos, él lo recibió con desagrado. Mas luego que distraídamente empezó a leer fuese aficionando, se asimiló aquellas vidas y trocó el hábito de militar terrestre por el hábito de militar sagrado. Casi otro tanto ocurrió con su compañero, el marqués de Lombay; San Francisco de Borja fué siempre un caballero cristiano, pero hombre del mundo y hombre de armas. Fué llamado por Dios de un modo casual; nunca había pensado en trocar y cambiar la faja de general terrestre por la faja de la Compañía. Un desengaño

dos en recorrerlos. Cuanto más se acercan al fin, más velocidad llevan. Por eso Santa Teresa decía: «Que muero porque no muero». Un santo dijo: «Señor, o padecer o morir». Otro respondió: «Padecer y no morir». Y en verdad, si un grito patriótico dice: «Dulce es morir por la patria». Un grito espiritual dice: «Dulce es padecer por Cristo y morir por Cristo». Pues esto es lo que aconteció con Simón Cirineo.

De todo esto se desprende que Jesús es rey, rey único, rey total de la creación, y lo es, más que por naturaleza, que, claro, como Dios lo es, ha sido y será; sino por propio esfuerzo, por propio trabajo y nos dice a todos: «Seguidme». Pero, ¿y qué cuesta seguir a Jesús? A los hombres poco, porque van movidos por Cristo y en Cristo. Al Redentor le costó lo que no podemos comprender, ni pensar, ni calcular. Jesús conquistó al mundo con dolores, con su vida, con tormentos indecibles en su alma y en su cuerpo. Por es «Vir do lorum». Por eso los profetas cantan y narran sus amarguras y nos dicen algo, aunque muy poco ante la realidad de lo que es la Pasión de Jesús.

El Angélico Maestro en los artículos



le hizo pensar y se decidió, como Simón de Cirene, y aquel grande de España, uno de los héroes ante el castillo de Frejus, escribe cuando era jesuita, cuando lleva la cruz con el Redentor: «Qué dichosas cortes fueron donde aprendí el bien vivir». Es que la vida espiritual tiene en su curso un gran parecido al curso del movimiento material. Los móviles oponen resistencia a cambiar el estado de reposo por el estado de movimiento, y aún más para cambiar el movimiento por otro contrario. Es la ley de la inercia física. Pero una vez que la fuerza del motor los decide y arrastra por el nuevo estado, marchan con toda facilidad por el nuevo camino y corren con toda tranquilidad. Suben cumbres, saltan precipicios, atraviesan llanuras y todo es igual; arrollan lo que se opone a su camino. Lo mismo es el movimiento en la vida espiritual. En cogiendo la cruz con Cristo se marcha felizmente con Cristo. Es más: no se camina con un movimiento uniforme, sino con un movimiento uniformemente acelerado. Los espacios recorridos son proporcionales a los cuadrados de los tiempos emple-

ciencia de Aristóteles. Mas le costó tanto trabajo que se cuenta dormía solamente una hora diaria, y para despertar y evitar el sueño se acostaba con una esfera en la mano, y así, con el ruido que se producía al caer, el sabio maestro despertaba. ¿Quién es capaz de medir los trabajos y sinsabores de Alejandro hasta someterlos, y con ellos y sus soldados, los Macedonios, vencer repetidamente al rey de los Medo-persas? ¿Qué pasó César para vencer a los germanos en la Selva Hercinia y Cuadrilátero de Bohemia? Napoleón, el coloso del siglo XVIII, apenas dormía, y un día en que uno de sus generales lo hablase de San Francisco, el vencedor en Jena y Ulma respondió: «¡Feliz él; más paso y me fatigo yo pensando en el aprovisionamiento de mis soldados!». Es una verdad, y nadie lo puede poner en duda, que las obras gigantescas suponen gigantesco esfuerzo. Es más: las obras portentosas casi nunca las termina aquel que las empieza, y eso que ningún individuo empieza por sí solo y únicamente una empresa de magnitud. Pues bien: la obra de la restauración de la naturaleza humana, que es precisamente su propia coronación adquirida por su esfuerzo, la emprende por sí solo; nadie le puede ayudar, porque es una empresa infinita, y sólo de Jesús es dar a sus obras un valor infinito; los hombres, con su auxilio podemos seguirle, nunca lograr otra cosa que nuestro propio bien, y cooperar con Cristo al provecho de los demás; pero todo, todo de El. Jesús mismo nos dice: «Sin mí nada podéis hacer». San Juan, cap. 15, vers. 5. La empresa intentada y lograda completamente de hacerse una corona; un reino universal, perpetuo, indiscutible, y sin auxilio alguno; al contrario con la oposición de todas las fuerzas humanas, sólo es de Jesús.

Un sabio pensador, aunque ateo y enemigo de Cristo: Juan Jacobo Rousseau, pensando sinceramente dijo esta frase: «Si la creación es obra de Dios, la redención y regeneración de la humanidad no puede ser obra de un hombre, porque si lo fuese, el mismo Dios debería tener envidia de ese hombre». Es decir: tamaño obra es tan estúpida que pide fuerzas superiores a las de los hombres. Jesús la acomete y la lleva a cabo, no ayudado por nadie, ni por la misma Divinidad, que le abandona, no porque Dios no lo quiera, puesto que Jesús es Dios, sino porque convenía que la Gloria, el reinado que busca, sea todo y solo suyo. Con su esfuerzo logra el reinado de la creación. Es el rey por derecho de adquisición más que por derecho de herencia. Hablar de Jesús, hablar de su empresa, es abismarse en lo infinito. Nadie puede negarlo, y el que lo niegue se estrella. Cuanto más potente sea el que lo ponga en duda, más confiesa la realeza de Jesús. El emperador Juliano, enemigo satánico de Jesús, puso todo su empeño en negar su reino, y murió diciendo: «Venciste, Galileo». Voltaire, hombre grande, pero perverso, negó a Jesús, y murió maldiciendo, porque se vió vencido. En suma, Jesús es el rey por antonomasia, es el único rey. Pero, ¿qué le cuesta? Hemos dicho, y repetimos: Si las obras grandes cuestan sacrificios proporcionados al resultado, el reinado de Cristo debió costar y costó a Jesús un océano inmenso, infinito, de amarguras y sufrimientos. Y lo que pasma es que Cristo reina contra la corriente de todo elemento; reina El sólo, y ese reinado es como ninguno, lo mismo por su origen, que por su forma, que por su duración, por su extensión, por su constitución política, por sus efectos. Jesús es solo, no tiene igual, ni aún parecido. Es preciso rendirse ante la realidad y decir: Jesús es rey. Mejor: Jesús es el único.

El reinado de Jesús no lo confiesan solamente sus discípulos, sino que lo patentizan aún más sus personales enemigos. Los soldados de Roma, cuya furia contra el Divino Redentor no tiene explicación en el orden humano, ni en el religioso mosaico, ni en el político; porque los fariseos, los escribas, los judíos en general se explican porque ellos veían en Cristo un peligro para sus tradiciones, un descubridor de sus mentiras e hipocresías; creían que Jesús les arrebatara su ficticio poder, veían un sabio que les recordaba su poco apreciable historia, y que les recordaba las profecías en que se anunciaba los tremendos castigos que habían de venir sobre aquel pueblo de vboras; se explicaba su saña, su coraje. Pero los soldados de Roma, ¿por qué? Para aquellos legionarios, la religión de Moisés era

una tontería, una pura mentira. El orden y régimen político teocrático de los judíos era para los romanos un sistema despreciable y fanático. ¿Por qué, pues, los romanos toman parte tan activa en la atormentación de Jesús? Santo Tomás lo explica diciendo: como el Redentor no moría tan solo por su pueblo, sino por el mundo entero, debían atormentar a Jesús todos, judíos y gentiles. Pero lo extraño es que los primeros en proclamar su reino, su realeza, son los soldados de Roma. Ellos le ponen un cetro, y por cetro le ponen en sus brazos una caña. No puede ser una materia más grosera, ni de más burla. Una caña hueca, que es inservible para casi todo, y muy antitético del mando y de la realeza. Sin embargo, asombro para la humanidad: aquella caña será pronto el cetro más fuerte, más robusto. Los reyes de la Tierra llevan y han llevado siempre su cetro de finísimo oro y enriquecido con preciosas piedras. Pero, ¿dónde están esos cetros? Son símbolo de un poder que con frecuencia termina en un desierto. Son símbolo de una dinastía que pronto es suplantada por otra que borra la fuerza y hasta la memoria de la anterior. Pero la caña de Jesús se convierte en signo de un poder universal, absoluto. De un poder de amor, pero poder efectivo y cierto, que empezó con Cristo, que los romanos pusieron en sus Divinas Manos, pero que nadie puede quitárselo y que hoy está sobre el poder de todos los reyes.

Herodes, jefe de la Galilea, rey disminuido, quien además de ser un servil instrumento de Roma, como ocurre y ha ocurrido siempre, que los fatuos de la tierra son los mandatarios y lacayos de otros poderes, ese Herodes, además era un ser frívolo y degenerado, a quien acompañaba una corte de bufones, tan disminuidos como él, vestidos con toda la pompa ridícula de los mandarineros. Pues bien: ese ser ridículo entrega a Jesús el símbolo de la realeza. La túnica vieja, una especie de manto sucio y destrozado, y el Redentor consiente que lo pongan sobre sus Hombros Divinos. Y bien: ¿en qué se ha convertido ese manto? Podemos comparar la grandeza del manto que pusieron Herodes y sus bufones con la grandeza de los mantos de brocado y guarnecidos de perlas y de diamantes que usan los soberanos de la tierra. ¿Quién que no fuera un loco puede comparar la majestad, la realeza, el precio de ese manto con la realeza, majestad y poder del manto que usó Darío, Alejandro, Carlo Magno, Luis XIV y los demás reyes y magnates? La sola comparación es ridícula. El manto de Jesús, que Herodes le coloca por burla, sería hoy la joya más preciosa del más rico de los museos. Por besar ese manto acudirían millones de hombres de todas clases, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles jefes y humildes pecheros. La túnica de burla es un símbolo efectivo de la realeza de Jesús. Pero ¿y la túnica o manto real de Herodes? Es una representación de un dominio irrisorio. Rey de verdadera pantalla, que vivió para hacer la exclusiva voluntad del César, legó una triste memoria. Su nombre pasó a la Historia con nota execrable, y su manto sólo serviría para adornar a un histrión. El manto de Cristo cubre a la humanidad entera, y con su real poder y majestad desvia los rayos de la Justicia Divina, y trae la brisa de la Bendita Caridad sobre los mortales que se ocultan y esconden bajo ese manto.

Otro instrumento de la realeza de Jesús es la corona de espinas, corona que le fué puesta así también por la soldadesca romana. Los legionarios, en su brutal deseo de divertirse haciendo sufrir más y más aquel manso cordero, idean tejer unos juncos marinos, forman una cruel corona y la ajustan a la Sacratísima Cabeza de Jesús. Horrible tormento, pero símbolo de un reinado mundial, universal y eterno. Los grandes capitanes son coronados en el mundo con una corona de oro y piedras preciosas. Los reyes tienen en su corona generalmente joyas riquísimas. Corona de laurel se pone en la cabeza de los artistas, de los poetas, de los vencedores en las nobles lides de la ciencia. En la Cabeza del Divino Jesús se pone corona de pinchos. Pero, ¿qué diferencial la corona de los reyes se acaba con la muerte de los mismos, y muy frecuentemente con el destronamiento. Un puñado de soldados sediciosos ha quitado muchas veces la corona de las sienes del ante rey. Un feliz usurpador, o acaso un vencedor, arranca la corona de la cabeza de otro rey, y lo menos



que hacen es mandar al destierro al que antes era jefe, para que en el ostracismo llorase su pasado y su presente, y a su vez se diera satisfacción con que no le haya costado la vida. Mas la corona de Jesús es permanente, dura siempre. El aparece siempre presidiendo todas las cosas. Todas las fiestas religiosas. Todos los templos. La corona de Cristo es, por tanto, la más firme y verdadera. ¿Qué lejos estaban los soldados de creer que, al coronar a su pobre víctima, tanto más avanzaban en las sienes del Señor el signo de su realeza cuanto más punzaban y clavaban con los jinetes marinos tan Preciosa y Divina Cabeza? Pero ello fue ya así. Podrá caerse de la frente de los reyes su corona de oro y brillantes, pero de la Frente de Jesús ni se ha caído, ni se cae, ni se caerá.

Pero no son solos los soldados y Herodes, sino que además el mismo Pilatos pretor de los romanos en Judea, proclama repetidas veces por rey a Jesucristo. San Marcos en el cap. 15, versículo 9, dice: «¿Queréis que dé libertad al Rey de los Judíos? Y en el ver. 11 dice otra vez: ¿Qué queréis que haga con el Rey de los Judíos? San Juan en el cap. 18, ver. 32, expone que Pilatos dijo así: ¿Queréis que os suelte al Rey de los Judíos? En el mismo capítulo, ver. 33, pregunta Pilatos a Jesús: ¿Eres tú el Rey de los Judíos? Y Cristo contesta: «Tú lo has dicho, yo soy rey» y luego manifiesta a aquel gobernante, delegado del César: «Mi reino no es de este mundo». No es que Jesús no reine en el mundo, pues su reinado es tan claro y evidente que brilla más que el sol, y es tan obvio como la verdad más axiomática; que Jesús dijo es que su reinado no estaba en el mundo como el de los otros reyes. Y, en efecto, la ejecutoria de la realeza humana estriba en la obediencia y adhesión de sus soldados; cesa y termina con mucha facilidad; sucede eso frecuentemente; el de Jesús es perpetuo, sus principales ejércitos lo forman los ángeles contra quienes nada pueden los hombres; y sus soldados visibles son los Santos, que saben pelear por Cristo, morir por él, y vencer con él. Por si fuera poco, nos refiere el Evangelista San Lucas en el capítulo 23, ver. 58, que los soldados (sin duda alguna por orden de su Pretor) pusieron sobre la Cabeza de Jesús, en la misma Cruz, un título escrito en los tres idiomas latín, griego y hebreo, y cuyo título decía: «Jesús, rey de los judíos». Santo Tomás, comentando este versículo, nota que el título de la sentencia de Cristo se escribe en tres idiomas para significar que no era tan solo rey de los judíos, por eso no se escribe en hebreo solamente, sino que se escribe también en latín y griego para dar a entender que era rey asimismo de los paganos, de la gentilidad; es decir de todo el mundo.

No son ya solo los soldados; no ya solo el Pretor de Roma, sino que un judío puesto en el patíbulo de la Cruz, lo mismo que el Salvador. San Lucas, cap. 23, ver. 42, dice así: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino». Confesión hermosísima hecha por un moribundo que espía sus crímenes; y Jesús responde a Dimas: «Hoy serás conmigo en el Paraíso». No cabe una confesión más terminante y contundente. «Señor: acuérdate de mí cuando te halles en tu reino». Por su parte el Redentor sienta aquí el principio más hermoso de una teoría penal. Y es que la pena para Dios no tiene un aspecto destructor, sino reparador. El arrepentimiento para Dios borra el delito. La pena es una purificación, no es una venganza, y si la sociedad, precisamente porque es limitada y los criminales son un mal contra los cuales hay que defenderse, para la Justicia Divina la pena es purificación.

El evangelio es una filosofía profunda de derecho penal. Cristo es el primero que pone la eximente de locura cuando dice: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen». Y pone la atenuante, casi eximente, del arrepentimiento cuando dice a Dimas: «Hoy serás conmigo en el Paraíso».

Pero no es sólo en Jerusalén, y en la cima del Gólgota en donde se confiesa la realeza de Jesús, sino en otras tierras, en Atenas. Refirieron los evangelistas que a la muerte y pasión del Redentor Divino siguió inmediatamente un trastorno tremendo en nuestro planeta y en los astros que forman el sistema. Tanto que los judíos, aterrizados, bajaban la empinada calle de la Amargura golpeándose el pecho, y el Centurión que mandaba la cohorte que clavó en la Cruz a Jesucristo dio muestras de profundo arrepentimiento y dijo aquella célebre palabra: «Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios». Mas en Atenas existía un sabio, gentil por aquel entonces, y luego fué padre de la Iglesia. Era este hombre Dionisio Areopagita. Al observar aquella revolución terrestre y atmosférica pronunció estas palabras: «O el autor y rey de la creación sufre amarguras de muerte». El entonces Dionisio, y gentil, después santo y sabio San Dionisio, reconoce el reinado de Jesús, y afirma que el rey de todo el mundo debe hallarse pasando penas de muerte. Y ¡qué ejemplo más precioso de lo que se llama ley de la periodicidad! Cuando nació Jesús, los primeros que preguntan por Cristo rey son unos sabios extranjeros, que vienen a Jerusalén diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Los tres (Gaspar, Melchor y Baltasar) eran extranjeros, personas de linaje y sabios. El fenómeno se lo anunció una manifestación estelar. Pues la muerte del mismo Jesús, rey de la creación, es conocida por otro extranjero, persona de linaje y sabio: San Dionisio Areopagita. La muerte de ese Supremo Rey, lo mismo que su nacimiento, es conocida por las manifestaciones de

las estrellas naturales, o sea por fenómenos de los astros. De todos modos son extranjeros, son sabios, y proclaman rey a Cristo-Jesús.

Por tanto, Jesucristo es el rey del mundo, no sólo por su naturaleza divina, por ser el Creador y, por tanto, dueño y Señor de la creación, sino por el derecho de conquista, por propio esfuerzo, que es su Santa y dolorosísima pasión. Dolorosa, sí, que nadie ha sufrido, ni sufrirá jamás una parte infinitesimal de lo que pasó y sufrió Cristo.

Si Cristo ha querido conquistar el reino de la creación, y en verdad lo consiguió, pero ¿qué lo ha costado? Dolores inmensos en su Bendita Alma, en su Sagrado Cuerpo. Abandono de su Eterno Padre. El mundo entero en contra de su Inmensa Bondad, el olvido de sus propios amigos, la deshonra, la burla, el insulto. El Profeta Isaías, en el cap. 53, ver. 6, refiriéndose a Cristo, dice que su cuerpo es una pura llaga. «Vulnus, livor, et plaga tremens». El mismo Profeta dice de Jesús: «Desde la planta de los pies hasta el vértice de la cabeza, no hay en él cosa sana». «A planta pedis hucusque ad verticem capitis non est in eo sanitas». El Real Profeta, en el salmo 21, vers. 17 y 18, dice de Jesús: «Taladraron mis pies y mis manos y contaron todos mis huesos». «Yodernit pedes meas, et manus meas, et dinumeraverunt omnia ossa mea». El mismo Profeta, en el ver. 7 del mismo salmo, dice que «Jesús no es hombre, sino un gusano, oprobio de los hombres y desprecio de la plebe». El Profeta Isaías dice de Jesús que «La vergüenza cubrió su rostro y la vergüenza de su rostro, cubriendo por todo el cuerpo, le tapó». En el cap. 2, ver. 2, el Real Profeta dice que «Los reyes de la tierra y los principes se conyuvieron en una cosa, que es en ir contra Jesucristo». «Astiterunt reges terrae, et principes conveniunt in sumum aduersus Dominum et aduersus Christum ejens». El, esa pobre víctima, llora el abandono en el que Dios lo deja, y dice: «Padre mío, ¿porqué me has abandonado? Estás agonizando y los soldados en su presencia se reparten sus vestidos y sobre su túnica echan suertes. En una palabra, Jesús es el varón de los Dolores «Vir dolorum» pues todo peso, todo dolor se precipita sobre Cristo. Pero es el Rey; precisamente el premio de esas penas y de esos sufrimientos fué y es el reino que le da su Eterno Padre. «Porque se abatió y obedeció hasta sufrir muerte de cruz, es por lo que Dios le ensalza y le da un nombre y ante Él se humillan y le acatan el cielo, la tierra y los infernos», como dice San Pablo.

Dedicó este modesto trabajo al digno señor Juez de Tamarit, en reconocimiento de la piedad que le distingue, su amigo,

BERENGUER RAMÓN.  
Córdoba 9 de Abril de 1925.

## S A E T A S

I  
Llorad, ángeles del cielo;  
llorad, flores de la tierra  
que estando triste la Virgen  
todo debe ser tristeza.

II  
Tiemblan montes y praderas,  
el sol esconde su luz,  
el mar inunda la tierra...  
¡que está muriendo Jesús!

III  
Los corazones se parten,  
vela los ojos el llanto,  
viendo el dolor de María  
con Jesús entre sus brazos.

IV  
Ya suenan las campanillas  
ya llega la procesión,  
ya viene en la Cruz clavado  
nuestro divino Señor.

V  
Ese puñal que te causa  
el dolor de los dolores  
está clavado en el pecho  
de todos los pecadores.

VI  
Al mirarte, madre mía,  
se estremece el corazón,  
nace la pena en el alma  
y en los labios la oración.

VII  
Están mudas las campanas  
están nublados los cielos,  
que Jesús de Galilea  
clavado en la Cruz ha muerto.

VIII  
Los Dolores de María  
no los alcanzan los hombres,  
que solamente las madres  
comprenden esos dolores.

IX  
Las palmas y las olivas  
con que a Jesús recibieron,  
de espigas van salpicando  
la ingratitude de aquel pueblo.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

## Las lágrimas de María

Al golpear la vara de Moisés la dura roca y brotar las cristalinas aguas, que habían de extinguir la sed de los hijos de Israel, nos da a conocer el sublime misterio de la Cruz, signo de redención, de victoria y de verdadera vida.

Una tierra árida y seca no puede tener jamás la vegetación que nos ofrece los encantos de la hermosura. Las bellas flores, aladas mariposas, olorosas plantas, blancos corderos y cantoras avejillas encuentran vida en las aguas del arroyo, que

serpentea por los frescos valles y se precipita por los montes formando la cascada de blanca espuma.

Si el agua que desciendo de las nubes llega a fecundar los campos, el agua de las lágrimas que desciendo del ciclo de nuestros ojos, fecundan las flores de la virtud que nacen en nuestro corazón.

Nobleza revela el hombre cuando se purifica con el llanto y generoso acepta el sacrificio; pero más sublime es la mujer que sufre, pues las perlas que brotan del ciclo de sus ojos nos manifiestan el amor dulce, la delicada ternura y la tierna generosidad.

Cuando una Madre llora por el Hijo de sus amores es preciso como padecerla y llorar con ella, porque no podemos por menos de sentir con ella la intensidad de sus pesares.

Entre todas las madres, ninguna como la Virgen Madre, como la Madre de nuestro Divino Redentor, como la Madre de Jesucristo.

María llora al pie de la Cruz, sin vacilar por el desmayo, sin protestar contra la adversidad, sin maldecir a sus enemigos, que hieren a su Hijo, que despiadadamente atraviesan con afiladas espadas su amante y generoso corazón. Stabat Mater...

(Cuán hermosa es la imagen de María junto al árbol santo de la Cruz! ¿Quién más fuerte que María? Ella sufre más que todos los mártires; ama más que todas las madres, pues la intensidad de su cariño excede a toda inteligencia y a toda comparación, porque otro semejante ni existió ni pudo existir sobre la tierra en humana criatura.

María no sólo llora por su Hijo amado, sino que llora también por los pecadores; llora la pérdida de tantas almas que se apartan voluntariamente de Cristo, que es la verdadera vida.

Los pecados son la causa de los sufrimientos y las lágrimas de María... Y no queremos llorar con ella... sufrir con ella y acompañarla en el Calvario, consolando sus indecibles amarguras.

¡Qué indiferencia tenemos los cristianos...! Ignoramos el poder de la oración, el valor de la penitencia; rechazamos el sacrificio que aplaca la justicia divina y atrae la misericordia del cielo.

Todos lamentamos el estado en que se encuentra el mundo; el horrible avance del vicio y del pecado, pero... seguimos todos con nuestro egoísmo, con nuestros caprichos, con nuestras ambiciones, y entre tanto siguen blasfemando los enemigos de la Cruz, alentados por nuestra maldad, por nuestra falta de celo, por nuestra infame cobardía, que se aleja del Calvario, donde expira el Mártir Divino, donde sufre horribles penas su cariñoso Padre.

Y ¿cómo queremos triunfar apartándonos de la senda de los dolores? Y ¿cómo aspiramos a la gloria sin el esfuerzo y el valor? ¿Cómo subir al monte santo de la perfección, si nos arrastramos en el inmundicio cieno de nuestros pecados?

Las perlas de las lágrimas son el precio de las valiosas joyas de la virtud; las espigas siempre existen en el rosal que produce las flores del corazón.

Lloremos con María junto a la Cruz santa de nuestro Divino Redentor. Séamos humildes violetas nacidas en el Calvario de la vida, pues regadas con la sangre de Jesús y las lágrimas de su Madre llegaremos algún día a embriagarnos con el delicioso aroma del Paraíso.

LIC. JUAN CUEVAS ROMERO.  
Sevilla y Abril de 1925.

## LA SAETA

VISION POÉTICA DEL CUADRO DE ESTE TÍTULO, ORIGINAL DE JULIO ROMERO DE TORRES

Cristo de la Gracia, que amoroso vienes,  
mira a los que esperan, locos de ansiedad,  
que el terrible abismo de su vida llenes  
con el sacrosanto don de tu piedad.

Manos suplicantes a tus plantas tienes,  
rostros abrumados de hambre y eguedad;  
dales la divina sangre de tus sienes,  
para que hallen flores en su soledad.

Mezcla de suspiro, quejas y oraciones,  
vuelan con el viento los extraños sonos  
que al sensible pecho logran afligir.

En la calle, el Cristo tiembla, y se agiganta  
de la Cruz la sombra. ¿Quién es la que canta?  
¿Quién tan triste acento sabe difundir?

Es esa mocita de la faz morena  
que alza su mirada, mágica y fatal,  
hacia el limpio cielo, por donde su pena  
vaga, con la nota de eco funeral.

Muéstranse a su lado, mientras su voz suena,  
presas en las garras de un terrible mal,  
las dolientes carnes de que el mundo llena  
cárceles o tristes salas de hospital.

Y cual la esperanza que a sus almas guía  
por la misteriosa senda, en que algún día  
tal vez tenga premio su desolación,  
tras el Hijo amado, lenta y silenciosa,  
va la santa imagen de la Dolorosa,  
con la lumbrada de la procesión.

Virgen de los rezos y de los fervores,  
a quien nombra y busca todo cordobés,  
cuando en sus quebrantos o en sus sinsabores,  
quiere que consuelo celestial le des.

Al pasar, oh, Madre!, que eres haz de flores,  
rumoroso el pueblo postrase a tus pies;  
porque tú lo humillas con tus resplandores,  
como el sol ardiente la reseca mies.

Tras pintar tu imagen, el pintor poeta,  
puso sus pinceles sobre la paleta  
para contemplarte, lleno de emoción;  
y ellos retemblaron, cual las siete espadas  
que, hechas leves rayos de luz, van clavadas  
en la poma de oro de tu corazón.

FRANCISCO ARÉVALO.

## La belleza de la muerte de Jesús

El gran talismán del triunfo de Cristo está en la belleza de su pasión y muerte.

La belleza es como el soplo o sello divino que Dios estampa en los seres y entidades de la creación para más cautivar la admiración de los mortales y dar solemne testimonio de su gran poder y sabiduría.

Por eso la belleza se la encuentra, a veces, en las cosas más diversas y distintas, en el amor y el odio, en la grandeza y la pobreza, en la opulencia y la tristeza, en la abyección y la vanidad, en el dolor y la alegría, en la victoria y la esclavitud, en las burlas y en los oprobios, en todos los seres y en todas las cosas.

El Padre Eterno quiso, pues, rodear la vida, pasión y muerte de su Hijo amado del mayor grado de belleza y esplendor moral, para atraer sobre él todas las miradas, con el fin de salvar a las naciones.

Así, Jesucristo, en su vida pública, sabio y laborioso, de costumbres inmaculadas, misericordioso para con los pobres y desvalidos, cariñoso pa-

ra los pecadores, amante de sus amigos y discípulos, humilde y dispensador de agravios, reunía en una sola persona una suprema belleza moral, ideal y majestuosa.

Jesús, pobre, incoente, despreciador de la incredulidad, de la soberbia y del poder de los fariseos; del lujo, de la superstición y malicia de los magates; que en cambio predicó el amor de los unos para con los otros y a todos hizo bien, mereció de aquella sociedad ingrata, como recompensa, el ser cargado con una pesada cruz, sentenciado a muerte y vilmente crucificado en el Calvario.

¿Puede haber nada más sublime y hermoso para su contemplación, estudio y admiración?

Mas la apoteosis y la divinidad de la belleza la consiguió Jesús en el monte Calvario con su gloriosa muerte, a la cual fué llevado como el manso cordero al sacrificio, sin desplegar los labios.

Fué puesto desnudo a la presencia y vergüenza de las multitudes, afeado su cuerpo con la sangre, los azotes y los cardenales.

Amorosamente, sin pronunciar queja alguna, extendió sus manos y sus

pies para ser clavado en el sagrado leño.

Sufrió la violencia de la elevación de la cruz en alto, que lo descoyuntó todos sus miembros, dando frecuentemente con su cabeza en el duro madero, penetrándole más y más las agudas espigas de la corona.

Se le puso el título de Rey sobre la cruz, por burla. Mas él, antes de morir, con aquel rostro dulce, apacible y sereno y aquella boca que tantas hermosuras morales había pronunciado, puso sello a tantas bellezas con la máxima más grande que han registrado los Códigos de todos los pueblos, la del perdón de los enemigos: «Haced bien a los que os odian».

Mas aquel buen hombre, grande e inocente, que ilustró a las multitudes de entonces y después al mundo con grandiosos derroteros morales y civilizadores, sólo tuvo por defensores de su santa causa y amparo de sus muchas caridades a su pobre y atribulada madre, auxiliada de dos o tres mujeres humildes de la familia y del fiel amigo Juan, también sin tacha como el divino Maestro.

Atendido, pues, y ved si hay bellezas morales semejantes a las sublimidades de las de la pasión y muerte del Redentor.

Pero el drama sangriento de Jesús Nazareno, a pesar de todas las tragedias de la Historia, es siempre antiguo y siempre nuevo y ninguna de ellas ha causado nunca tanta sensación como la de Jesucristo, hasta el extremo que ha fijado un punto luminoso tan trascendental que todos los acontecimientos humanos giran alrededor de este centro, bello, hermoso y benéfico.

Así, todos los sucesos históricos se cuentan desde entonces de este modo: «Antes de Cristo y después de Cristo», quedando siempre como punto de partida la figura del Calvario, cumpliéndose así las palabras del divino Maestro, que dijo proféticamente de sí mismo: «Y yo, si fuese exaltado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí».

Registrad los anales y las os de todos los pueblos y héroes, las leyendas de sus dioses, y divinidades y podéis hallar en ellos, tal vez, más bellezas materiales y sensuales, pero comparadas con la vida, pasión y muerte de Cristo no podrán resistir la más leve crítica, ni comparación alguna; indudablemente hay que aplicar a Cristo en toda su plenitud el célebre dicho: «Si la muerte de Sócrates fué la muerte de un sabio, la de Jesús fué la de un Dios».

Así, no en vano las multitudes judaicas, presas de la gran belleza moral de la pasión del Nazareno, decían cabizbajas al huir de las trágicas escenas del eclipse solar en la muerte del Redentor: «Verdaderamente era hijo de Dios».

Por eso mismo, providencialmente, las bellas artes todas, la pintura, la música, la poesía, el grabado, el mosaico, la arquitectura, la escultura, la orfebrería y todas las obras producto del ingenio humano consiguieron su mayor esplendor y sus siglos de oro alrededor de la gran belleza moral de Cristo. Y así como Licurgo y Solón fueron vencidos por las máximas de la moral cristiana, así el gran Fidias, el príncipe artista de las formas sensuales y anatómicas, fué igualado y aun superado por los artistas cristianos Miguel Angel, Rafael, Velázquez y Murillo, por la hermosura material y moral de sus composiciones.

El milagro divino se ha realizado; la gran belleza de la vida, pasión y muerte de Cristo ha cautivado a las naciones, a sus reyes y a sus héroes que, aún sin querer, se ven precisados a doblar sus rodillas ante el Nazareno, esplendor del Padre Eterno y figura de su sustancia, diciendo con Juliano el Apóstata: «Venció Cristo». «Verdaderamente, es Hijo de Dios».

CRISTÓBAL R. JURADO, PBR.  
Párroco de Niebla (Huelva).

Si guiendo la costumbre observada desde hace muchos años, hoy, teniendo en cuenta la solemnidad del día, no se trabajará en este periódico y mañana, por tanto, no se publicará el DIARIO DE CORDOBA.

Monstra te esse matrem!

A tus plantas postrado, Madre mía,  
tu compasión imploro.  
Yo he causado de Cristo la agonía  
y tu incoente lloro.

Mas si yo fuí la causa del suplicio terrible del Calvario  
en que Cristo ofreció en sacrificio  
muriendo voluntario;  
también Jesús pendiente del madero  
infamante, te dijo,  
al indicar en Juan al mundo entero:

AHÍ TIENES A TU HIJO  
Y tú, Reina de coros celestiales,  
del Emperro señora,  
aceptaste por hijos los mortales,  
fuiste corredentora.

Hijo soy que a tus plantas reverente,  
el magno don te pide del cristiano  
y espero me lo otorgues, tú clemente  
¡que nadie a ti acudió pidiendo en vano!

DANIEL AGUILERA  
Córdoba, Abril 925

Al Santo Cristo de la Agonia venerado en Lempira

Señor en un rincón de la montaña  
y en la paz del humilde Santuario,  
vives preciosamente tu Calvario  
y es tu Cruz de dolor la Cruz de España.

El pueblo fervoroso te acompaña  
en aquesta sufrir extraordinario,  
la sangre que esmalta tu sudario  
fluye, y en viva púrpura te baña.

Después de veinte siglos de agonía  
sigues agonizando cada día  
en ese templo, bendición del agro.  
Tú lo sabes, Señor: la Patria mía  
en el Gólgota gime todavía...  
y espera su Tabor de tu milagro.

M. R. BLANCO BELMONTÉ.

## La blanca mano de Cristo

La mano que te ayudó  
a sobrellevar tu cruz  
fué la mano de Jesús.

Las cadenas de tus penas,  
de esas pesadas cadenas  
de que te has visto cargado,  
te ha librado,

aunque tú no lo hayas visto,  
la blanca mano de Cristo.

Aquella ilusión primera,  
llama que en tí se prendió  
como un sol de Primavera,  
la encendió,

aunque tú no lo hayas visto,  
la blanca mano de Cristo.

Ojos que te acariciaron,  
labios que te bendigieron,  
corazones que te amaron,  
aunque tú no lo hayas visto  
fué por la mano de Cristo.

Aquella espina dorada,  
que por tu bien o tu mal  
en tu pecho fué clavada,  
aunque tú no lo hayas visto  
fué por la mano de Cristo.

Esas cruzes de tus pecados  
que a tus hombros has cargado  
aunque tú no lo hayas visto  
a llevarla te ha ayudado  
la blanca mano de Cristo.

Aquella buena intención  
que en tu pecho se escondía:  
la alegría que plañía  
dentro de tu corazón,  
aunque tú no lo hayas visto  
fué por la mano de Cristo.

Y aquella mano anhelante,  
mano de nieve y de rosa  
que señalaba:  
(adelante)

(y que en tus sueños has visto)  
fué la mano milagrosa  
de Cristo.

La mano que te ayudó  
a sobrellevar tu cruz  
fué la mano de Jesús.

JUAN SOCA.

## BERENICE

Salde de su palacio hasta la esquina  
bella matrona de arrogante busto,  
cuando ruge la plebe tras el Justo  
que hacia el Calvario con la Cruz camina.

Traspassed de lástima se inclina  
a consolar al Salvador augusto,  
y sin miedo a sayón, torvo y adusto  
extiende un lienzo ante su faz divina.

Lámpase el Mártir y el sudario entre  
a la dama que súbito lo pliega  
para que llegue a su morada ileso:  
Al desdoblarse alif, cual rojo lirio,  
vió, absorta, de Jesús, el rostro impreso  
que aun es reliquia de su astro martirio.

G. BELMONTÉ MOLLE.

S A E T A

Dolorosa, flor preciosa,  
Madre del Eterno Amor:  
eres perfumada rosa  
en el jardín del Dolor.

Tus ojos, fuentes divinas,  
no han cesado de llorar  
perlas blancas, nacarinas,  
más delicadas, más finas  
que las del fondo del mar.

Y en tu mirada, Señora,  
está la radiante luz  
que dió al Mundo nueva aurora  
y desgarró, triunfadora,  
de las sombras el capuz.

ANTONIO ARVALO

8-4-25



El Viernes Santo

El cielo de tu rostro, Madre mía, más hermoso que el claro firmamento, nubló con su tristeza el sentimiento que tu alma pura traenado este día...

De qué murió Jesucristo

A UN AMIGO MÉDICO. UNA PREGUNTA DE EL ME HIZO REFLEXIONAR SOBRE ESTE ASUNTO.

¿Sufrió Jesucristo enfermedades patológicas?

Lo escribo así porque en teología se da a la palabra enfermedad sentido más amplio. ¿Las debió padecer? Es decir ¿fue tributario de ellas como cualquiera otro mortal?

Esta es mi visión de la vida, de la salud, de la enfermedad y de la muerte que, como se verá, está en armonía con los principios de la Patología.

En Jesucristo se dió tal perfección vital, por el arte que modeló su cuerpo, y la materia de que lo hizo, y la fuerza que alimentó su vida, que no es posible concebir desequilibrios en su organismo.

¿Podría, pues, afirmarse, sin negar la personalidad íntima de Cristo, que no tuviese en su cuerpo y en su alma todas las perfecciones posibles?

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir?

¿Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

ción» de los patólogos modernos, ni ello equivaldría a un Hombre. Dios constitucionalmente anárquico, estirado o laxo, de organismo imperfecto, y aún más un Dios fracasado en sus medios de compensación?

Por ninguno de los conceptos expresados puede afirmarse que Jesucristo padeciese enfermedad. Hay que negar su personalidad íntima para afirmarlo.

En esta materia se puede pecar por exceso o por defecto. Atribuyendo a Cristo, con los apóstrofes, una imposibilidad absurda, blasfema, que impugnó Leoncio de Bizancio, en nombre de la fe, que nos enseñe que Cristo padeció realmente y estuvo sujeto a las humanas miserias que non repugnant perfectioni scientiae et gratiae.

Temerario sería yo pronunciando contra la autoridad de la razón teológica y la razón científica que, pareceme, se dan abrazo fraternal en lo arriba expuesto, afirmado el Cristo real y no otro; ni más ni menos Cristo que el propuesto por la fe.

Ahora bien, si sobre los conceptos de enfermedad expuestos en este trabajo, se diese otro, y la enfermedad; no supone desorden, desequilibrio, perturbación orgánica fatal; ni imperfección vital, ni perturbación anárquica del ritmo de la vida, algo-morbo que no repugne a la perfección única, singular de Cristo: porque como El no ha existido otro hombre con el que empíricamente se pueda establecer punto de comparación no tendría inconveniente en afirmar que Cristo pudo sufrir enfermedades. Mas ella sería, creo, tal que, acaso ni mereciera el nombre: y aún así no la sería fatal, como en nosotros, estaría sujeta al imperio de su voluntad. Al escribir esto tengo presente dos nociones científicas. La del Cristo que me da la fe y la de enfermedad que me da la ciencia. Yo no entiendo para abarcar la totalidad del misterio que se encierra entre dos puntos luminosos. Mas, veo lo suficiente para inclinarme a la cabeza ante la ciencia y la fe y exclamar: Cristo no fué tributario de la enfermedad, como hombre vulgar, ni su carne humillada sufrió los últimos ultrajes de la muerte; como dice San Pablo «la gustó para quitarnos su amargor; para que sobre las cenizas del sepulcro se levante nuestra carne llena de vida, hermosa, y a ella bajo el alma a reanudar su casto himeneo roto por el tiempo y gozar de él en la eternidad.

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

¿De qué murió, pues? Si no estuvo enfermo, cómo pudo morir? ¿Acaso es preciso estar enfermo para morir? ¿Lo está realmente, de lo a salvo la hipótesis, el héroe pleotérico de vida que lucha por la Patria y muere instantáneamente en el campo de batalla cuando la bala enemiga le parte el corazón?

ternura. Así lo dice Isaías: Dolores nostros ipse portavit. Mas ¿cómo lo pudo sufrir? ¿Quién es capaz de soportar el abismo de sus dolores?

No he de hacer un estudio de psiquismo, que no es del caso, ni tengo suficiencia para ello, para decir el imperio de la imaginación sobre nuestra naturaleza en ciertas enfermedades y dolores.

Se pueden producir enfermedades sólo por la fuerza de la imaginación y sentir dolores, correspondientes a ciertas enfermedades sin estar enfermo. Afirmo sólo el hecho morboso de la alucinación, que atribuye Meynert a la parálisis cortical; Tamburini, a la hiperfuncionalidad de un centro de proyección psico sensorial; Verniche, a la interrupción de una vía asociativa con refuerzo local de estímulo; Tanzi, a un fenómeno de asociación regresiva; y Roncoroni, a epilepsia de los centros sensoriales.

Lo que suele acontecer en el hombre subjetivamente por desequilibrio, diré, por interrupción de la maravillosa escala psíquica que comienza en el instinto y sensación, sus dos notas primeras, y termina en el juicio y comprensión, sus dos notas últimas, sucedió en Cristo objetivamente por el maravilloso equilibrio de su voluntad, imaginación e inteligencia. Quería El padecer cuanto habían padecido y habían de sufrir todos los hombres hasta el fin del mundo. Así lo deseó porque les quería con locura; y porque al amor todo se rinde puso al servicio de su voluntad su imaginación e inteligencia. La imaginación le puso delante el cuadro terrible de todos los lacerados de la vida, de todos los agonizantes; con su inteligencia ahondó en este mar insondable de los humanos dolores, apuró sus aguas hasta beber la última gota, y con ternura tal la bebió que aún le quedó sed. ¡Sitió! Tengo sed, exclamó en la Cruz contemplando sobre el fondo del cielo nublado el cuadro espantable de los humanos dolores; sed de sufrir más, a pesar de que por el amor del hombre he sufrido en mí cuanto he podido padecer, y sobre esto cuanto ha de sufrir la humanidad hasta el fin de los tiempos. A su sed material, real, acompañó el ansia afectiva, la sed del alma; y no es acientífico afirmar, que ésta sed fuese una de las causas de su sed material; pues la angustia seca, a veces, la lengua, el paladar y todas las vísceras. ¿Quién en la vida no ha padecido esta sed?

«Si todos los dolores y todas las enfermedades de la humanidad, escribe San Edmundo, se juntasen en un solo hombre y un solo hombre los pudiese soportar, serían poco menos que nada en comparación de lo que sufrió Jesucristo». ¡El lo sufrió todos y por motivo sobrenatural!

Los sufrió no para satisfacción de su amor. ¡Egoísmo sublime! Pues ni siquiera por esto. Los sufrió para satisfacer a su Eterno Padre y alcanzar no sólo perdón, sino consuelos divinos para todos los lacerados y para todos los dolores. Jesucristo, ha escrito el P. Faber «es el invisible sacerdote que asiste a todo moribundo; sus trabajos para salvar en esa última hora son inenarrables». Mas, sobre esto digo yo que es además el Médico Divino que brinda consuelo a todos los que sufren. El mismo lo ha dicho en este idílico poema: «Venid a mí todos los que sufrís, todos los lacerados por el dolor, que yo os consolaré».

Yo que escribo y tú que lees esto, lector, podemos decir: cuanto he sufrido y cuanto he de sufrir aún lo sufrió Jesús por mí para mi consuelo. ¡Oh! ¡Y que un tal Amador se le tenga en olvido, se le rechace, se le injurie, se le ofenda! ¡Que se le cierre el corazón cuando él llama a sus puertas sólo para aliviar las amarguras que el mundo y nuestras pasiones nos producen!

En verdad que somos inconscientes e ingratos. ¿Quién podría amar a hombres así? El amor, por muy grande que sea, por muy paciente puede sufrir muchos días a la estúpida inconsciencia y a la malvada ingratitud. Pues así amó Cristo. No sólo llegó hasta la generosidad del perdón con estos ingratos e inconscientes, sino que angustiosamente, para moverle a piedad, clama a su Padre que los perdone: «Padre mío, perdónalos, pues no saben qué hacen».

¿El que así amó, pudo morir de otra cosa que de amor? No de la pleura, del Corazón de Cristo salió la sangre y el agua para limpiar al mundo de la lepra del pecado y abrasarlo en incendio divino. ¿Que esto es un milagro? ¿Pues no es Cristo todo El un milagro?

Ante esto sólo temblará la razón que no sepa qué es amor, ni de qué es capaz el amor, ni hasta dónde puede llegar el amor en sus locuras sublimas. Ante la Cruz mi razón no tiembra, la contempla serena; y comprende el misterio de amor que ella a un tiempo encierra y revela. El que se extremee por ciertas misteriosas ansias es mi corazón. Inconsciente e ingrato, más o menos culpablemente, quisiera romperse, y al estallar de amor y de dolor que los labios murmuraron: «Te amo, divino Amador!»

FRAY RAMÓN DE GINES.

VOZ DE SINCERIDAD

A CRISTO

¡Señor, con tus poetas te han cantado! ¡Señor, cuantos espíritus te admiran! ¡Y cuantas almas por ti se suspiran! ¡Y cuantos corazones te han amado!...

Pues bien, Señor, ninguno te ha sentido tan hondamente como yo te siento. Cada palabra tuya, es un momento de la felicidad que te he podido...

EDUARDO BARO.

NOTAS DE SEMANA SANTA

Las torpes manos del imaginero

Recordemos, al término de la juventud desvanecida sin provecho, malograda, tesoro con insensato apremio consumido, cuáles fueron las emociones espirituales que nos concedieron impulso ascendente, que nos prestaron alas para elevarnos un poco sobre el suelo en que presurosos corríamos.

Perduran en nuestra memoria las impresiones que nos contuvieron, que nos fijaron sobre la tierra para contemplar, absortos, escenas y paisajes, monumentos y muchedumbres, en extenso caminar por el mundo.

Mas esto no es. Otras sensaciones pretendemos recordar. Seguimos el tenue hilo de oro del recuerdo y, a través del tiempo, a pesar de todo, volvemos a Sevilla y en ella nos encontramos, en días de la Semana Santa y al principio de la juventud, cuando los ojos comenzaban a aprender a mirar y ver, cuando el alma acertaba a asomarse a ellos para relacionarse con el exterior, para percibir, no ya los paisajes terrenos, sino los panoramas espirituales.

Es Sevilla, maravilla imponderable. No es la octava, sino la primera, porque ninguna puede superarla. Es prodigio único de sentimentalidad y de gracia. Cuando fué moda decir que todos los hombres de profesión intelectual tenían dos Patrias—la de su nacionalidad y Francia—; cuando estaba en boga otorgar ostensible homenaje a París, algunos esperábamos la proclamación del triunfo de Sevilla. Estábamos seguros de que un día habría de llegar en el que, los españoles el menos, sustituirían el homenaje a la Ciudad de la Luz por el tributo a la Ciudad de la Gracia, patria ideal de todos, vivo relicario en la Semana Santa y cascabel alegre en las fiestas de Abril.

Perfúmal el pasado, en inagotable, perpetua primavera. Sabemos que, como ahora, estuvo siempre embalsamada. Los rosales, los claveles, los nardos, los jazmines, el azahar de ahora, son los de siempre. Constantemente florecidos los jardines, fresca la savia, inagotable la gracia, no entristece el pensamiento del pasado, cual un bien perdido, porque el presente es también amable y delizioso, refrescado, abrigado por el dulce rocío de la idealidad más suave.

Así, sólo en su recinto, que sepamos, puede repetirse la figura admirable del creyente que sigue a Jesús. ¡Oh, exclamamos a veces, cuando la evocación del drama supremo nos fortalece frente a las vicisitudes de la vida, quién hubiera podido formar parte de las multitudes que le seguían en su tránsito por el mundo...!

En lo posible, este anhelo es realizable en Sevilla. La pasión sublime es transportada de la Tierra Santa a la tierra de María Santísima, de Jersusalén a Sevilla. Esta es la pasión, conmemorada por mí, puede exclamar, orgullosa de sí, Sevilla, al final de la evocación magnífica, dirigiéndose al mundo. Durante todas las horas de la Semana Mayor, brille el sol o luzca la luna, no será posible la contemplación normal de los prodigios que ante el espectador atónito se desenvuelven. La emoción anublará la vista, ablandará la mirada, disolverá su habitual dureza. De este modo, el prodigioso desfile de imágenes se desmorona, y es viva y palpante su realidad, como entre nieblas de ilusión o ensueño, idealmente, espiritualmente. Recordemos los momentos de emoción máxima: En la noche, la salida del Jesús del Gran Poder a la plaza de San Lorenzo, ocupada por la multitud y en la que el silencio es tal que cada uno puede sentir los latidos de su propio corazón, pero en lo alto del pecho, como si hubiera cobrado alas y pugnase por salir y volar hacia el Cielo, por el cielo estrellado de Sevilla. ¿Quién osará decir ni una palabra en estos momentos sublimes? Esta multitud, ¿cómo romperá a hablar de nuevo? ¿Cómo vencerá el silencio que su propia emoción le impuso? Siéntese cual débiles sollozos

en los que el alma gimo dolorida, tiemblan en las gargantas; yenden los aires en queja sentidísima, trémulos, claros, con palabras al fin: son las saetas. La multitud, que no podía profetir ni una palabra, rompe a cantar y, mediante estas coplas tristísimas del pueblo más alegre de la tierra, se dirige a Dios, le habla, le implora, le suplica, le cuenta sus penas, le pide alivio para ellas, en su infinita misericordia.

Luego, el paso de la Cofradía del Silencio por la Catedral magnífica, anegada en luz. También, el tránsito del Divino Caehorro por el Puente de Triana. Idealmente, la procesión de Sevilla palpita reflejada en las aguas del Guadalquivir.

Por último, la triunfal entrada de la Virgen de la Esperanza en la Macarena, sorprendida por el sol del nuevo día. Enagada de entusiasmo, la multitud aclama con frenesí a la Madre del Salvador.

Y pensamos: ¿Quiénes tallaron materialmente este prodigio de las Imágenes de Sevilla? Hombres y mujeres fueron, desde Martínez Montañés a la Roldana, y no olvidemos al imaginero portentoso, pasmo de Sevilla, que fijó en lienzos sus Concepciones prodigiosas: Murillo, el pintor sin par que del ensueño obtenía el modelo de sus Inmaculadas.

¿Cómo fué en ellos la pugna con la materia para concederle, no ya forma humana, sino expresión santa, divina? Citemos casos singulares de otros artistas famosos. Entre los más antiguos, destaca el simbólico de Grecia: Pigmalión, el escultor de Chipre, crea una mujer de marfil, en cuya contemplación descansa de crueles desencantos amorosos. Apasionadamente prendado de su obra, suplica a Venus que conceda existencia a aquella figura. Apíadase la diosa del amor, y el artista nota, al acariciar con sus manos el marfil, que este cobra calor y morbideces de vida. El escultor se desposa con su creación y nace Galatea.

Transcurren siglos y, en Roma, Miguel Angel, aún con el cincel en las manos febriles, le dice imperativo al Moisés que acaba de producir: ¡Habla!

Mucho tiempo después, en otra síntesis de civilización, en los Estados Unidos, un escritor atormentado, Edgar Poe, compone un cuento simbólico, sobre base de este pensamiento: un pintor retrata a una joven bellísima, conforme avanza la obra, enferma la modelo; al terminar el cuadro, la muchacha ha muerto. Es decir: la vida del modelo ha pasado a la obra.

¿Sufrían este anhelo angustioso los imagineros de Sevilla, cuando aspiraban a infundir a sus obras, no ya expresión humana, sino santa, divina, hasta al punto de que merecieran la adoración de los fieles? ¡Ah, no, en modo alguno!

Eran creyentes fervorosos. Bien puede decirse que, los más, del Cielo recibían la inspiración de sus impecederas creaciones. Murillo, veía en sueños a las Inmaculadas que había de pintar entro rompientes de gloria, ingravídas, ascendiendo a los cielos. No les acometía la soberbia del genio; no ordenaban a sus obras que hablasen, que vivieran. Eran modestos; eran sinceramente humildes, y besaba sus frentes la gloria. Y de este modo, fué posible que se produjera el prodigio de la plaza de la Merced. El mejor de los imagineros, Martínez Montañés, que tallara el Cristo de la Pasión, el del Gran Poder y el de los Cálices, era ya un anciano venerable, imposibilitado para proseguir su labor gloriosa. Llévaronle a la plaza de la Merced, para presenciar la salida de su Cristo admirable. Los fieles rodeaban la imagen portentosa, rezándole, cantando saetas. ¡Cuál gloria más definitiva, pura y terminante que esta...!

El imaginero, conmovido, rezó también y, negándose humildemente a sí mismo, exclamó: ¡Dulce Jesús mío! ¡Tú no eres obra de mis torpes manos!

E. G.ª NIELFA

La sentencia de Jesús

Ante el pretor gritaba enardecida la fiera multitud, que sólo ansiaba la sangre de Jesús. No le apíadaba ni aquella majestad escarnecida, ni la angustiosa faz, mustia y herida, que el espinoso junco coronaba. Pilato ante la plebe vacilaba y cobarde dictó el fallo deicida. Cumplióse la sentencia abrumadora del funerario Gólgota en la cumbre, y ante tanto dolor y pesadumbre tambó el mundo en protesta redentora. ¡Horrosa injusticia! Antes y ahora así paga la ingrata muchedumbre. ANTONIO RAMÍREZ.

La Estética de la Pasión

El primer misterio de la figura de Cristo es el misterio poético. Si el Rabí de Galilea no hubiera sido el más excelso Poeta de la humanidad, un Poeta sin retórica, fundamental y ameno, no ocasionarían sus doctrinas universales floraciones.

Siempre hemos creído que los Poetas no sólo son los primitivos historiadores sino los historiadores eternos, porque ellos sahumán de belleza las terribles verdades de la vida, para que las inteligencias puedan digerirlas.

En la Pasión lo que sobresale es el Arte soberano del Verbo de Jesús, arte sin precedentes ni consecuentes, nato, incopiable como la albura de la nieve y la canción de los pájaros; Arte que hace prolijo a Homero y enfático a Shakespeare.

En Cristo, taumaturgo de la Historia, pues que deshizo la antigua y fundó la nueva, no más que con el milagro amoroso de su conversación, clara y herméctica, llana y solemne, la potencia mayor es su Estética, única fórmula de la Estética de Dios. El maestro de Bethania supo ser un maravilloso sintético. Formuló las normas de la síntesis definitiva que ha de ser serena y cerebral y llena de gracia mística.

Cristo es su Verbo y su Verbo es él. Por eso obsesiona a la humanidad su interpretación. Y como nos lo figuramos bello, alado, intangible, a la vez que real, conmisericordioso y cordial, en la disyuntiva se desvanecen nuestras proposiciones de personificación. La fuente de su espiritualidad hizo ser rocío y su efigie tornóse luz zodiacal, ensueño del mundo. ¿Qué les queda a los pintores y a los metafísicos, a los escultores y a los exégetas sino quedarse absortos ante la Estética imposible de emular?

¿Cómo era el Galileo?—piensan los artifices—y recordando las Parábolas y la Crucifixión, lloran, porque no saben cómo se pintan los astros ni cómo se pintan los ensueños. Los lirios y la luz mañanera; los regatos, bajo las palmas; los óvalos de las caras de las vírgenes y las patriarcas barbas; lo que Fra Angélico y Murillo dibujaron son cándidos postulados de la Estética de la Pasión no más.

Tan grande es la Estética de Cristo que no deja destacarse las figuras de Moisés, de Abraham, de Aarón.

Poseyó el encanto de la mansedumbre. Emanó candorosa subiduría. Se deslizó, deslumbrador de caridad, hasta el Monte de las Calaveras y allí puso de colofón a su Estética la apoteosis de su martirio.

Lo vemos junto a la hija de Jairo; junto al ciego Bartimeo; sobre el Tiberiades; orando a la sombra de los olivos; posando sus labios en el cántaro de la Samaritana y sus manos en la cabeza de María de Magdala; lo vemos, sobre todo, en la Montaña sembrando la magnífica dulzura de las Bienaventuranzas; lo vemos en la Sinagoga hablando a los doctores; y rodeado de niños, como un nardo de mariposas; lo vemos pronunciando la sublime sentencia: «El que de vosotros esté libre de pecado arroje contra esa mujer la primera piedra»; lo vemos reconcomiendo con inefable melancolía a Pedro; lo vemos, ante Caifás diciendo blandamente al fariseo que lo abotetó: «Si he hablado mal, muéstrame en qué. Y si no ¿por qué me hieres?»; lo vemos arrojando del templo a los mercaderes; y lo vemos moribundo, exclamando: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.» Lo vemos en nuestra alma y en el alma de todos los artistas y de todos los hombres buenos, y no llegamos a traducir esa Estética hecha de verdades y de dolores; hecha de paz y de tristeza de que seamos así; hecha de Amor infinito.

Sólo logramos presentir que es la Estética de nuestra salvación. FERNANDO VÁZQUEZ.

La Virgen de las Angustias

Ante la Cruz, emblema del tormento, sobre el dulce regazo el Hijo inerte, es en el cuadro aquel, el horror y muerte, símbolo del dolor y el sufrimiento. Noexhala ni una queja ni un llanto, inmóvil, muda, como el roble fuerte, mas, en silencio, de sus ojos vierte el raudal de su amargo sentimiento. Con el puro rocío de su llanto angel del Redentor el cuerpo santo, de flores cubre el Gólgota infecundo. Y sus lágrimas forman un torrente que es de vida y perdón divina fuente, nuevo Jordán que purifica al mundo. RICARDO DE MONTIS.



